



La Represión, Criterio de Verdad

*De nuevo el gobierno de El Salvador anda preocupado con la imagen del país en el exterior. Como en los tiempos del Coronel Molina y sobre todo en el del General Romero, cuando algunos de los actuales gobernantes eran opositores, el gobierno está diciendo que la oposición —hoy hablan de la extrema izquierda— ha falseado la imagen del país y presenta en el exterior la realidad salvadoreña distorsionada. Y para contrarrestarla el gobierno ha enviado por el mundo a militares y demócrata-cristianos con el objeto de que digan la **verdad** sobre lo que está pasando en El Salvador.*

Las quejas y acusaciones del gobierno se refieren sin duda a las misiones que el Frente Democrático Revolucionario ha enviado a distintos países de Europa y América para dar la versión popular, que las multinacionales de la información no difunden y más bien oscurecen, de lo que está sucediendo en realidad en el país. Es sorprendente que los actuales gobernantes llamen ahora subversivos y de la extrema izquierda a personalidades políticas con las que por muchos años militaron en la oposición e incluso compartieron las tareas del gobierno, y les acusen de distorsionar la imagen del país, como Molina y Romero les acusaba a ellos mismos. Pero eso es parte de la cuestión de quién dice la verdad.

Otra vez pues retorna la cuestión de encontrar la verdad sobre El Salvador o, si se prefiere, la cuestión de determinar quién tiene y dice la verdad. Hay dos partes, el gobierno y la oposición encarnada en el Frente Democrático Revolucionario, que pretenden —lo pretenden ante la opinión pública salvadoreña y mundial— tener una interpretación verdadera de la historia que estamos viviendo y, por tanto, —y eso es lo más grave— una razón y un derecho para dirigir esa historia.

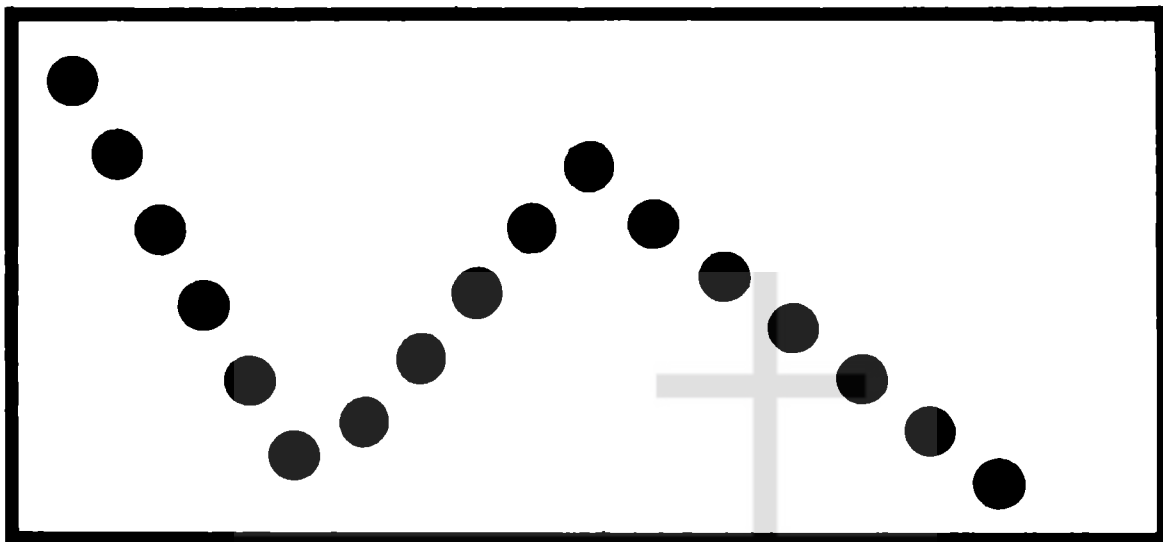
Estamos en plena batalla por el reconocimiento internacional de las dos opciones de gobierno. En esta batalla es esencial que los países democráticos y progresistas conozcan una verdad y otra. La verdad creída será la verdad apoyada y la verdad defendida a nivel internacional. Pero, ¿quién de los dos contendientes tiene y dice la verdad, o una parte mayor de verdad?.

Dentro del país hay también amplios sectores de la población, capas medias, empresarios, profesionales, empleados, que no han optado por ninguna de las partes que participan en la lucha por el poder del Estado. No están ya con el gobierno a fuer de desilusión y de disgusto moral, pero todavía no se han acercado suficientemente a una oposición que no conocen bien y que se les presenta rodeada de temerosos fantasmas. Estos miles de salvadoreños honrados y sinceros se preguntan, de la misma forma que los extranjeros imparciales, si es el gobierno o es la oposición quien tiene razón y dice la verdad sobre El Salvador. La respuesta correcta a esta cuestión es de la más alta importancia y de suma urgencia dentro y fuera del país.

Para analistas objetivos la respuesta a la cuestión es suficientemente clara. Pero aquí no pretendemos dársela, ya encontrada, a los que todavía buscan. Pretendemos más bien proponer un método de búsqueda, un criterio de verdad, para que los imparciales, los vacilantes, los que todavía se preguntan encuentren ellos mismos, con su propio esfuerzo, la respuesta. Queremos abrir una ventana por la que se pueda mirar al interior de la realidad social, sin mediaciones, ni las distorsiones de interpretaciones poco transparentes.

Proponemos como punto de partida el espantoso número de muertes violentas registradas en el país en el año 1980. Este número se acercaría al final del mes de mayo a cuatro mil salvadoreños de todas las edades que perdieron la vida a manos de otros salvadoreños por motivo de sus diferentes concepciones políticas. Este es un hecho indiscutible, innegable, que está ahí con todo su horror y toda su elocuencia ante la opinión pública del mundo entero. Este hecho cuya realidad no depende de opiniones ni de opciones políticas debe ser el dato inicial y básico de donde debe partir la búsqueda de quienes todavía se preguntan dónde está la verdad. No deben partir de las reformas, que son fenómenos más complejos y cuya realidad ni es transparente ni se puede aprehender directamente; no deben partir de la filiación política de algunos gobernantes, porque esa es una realidad sumamente ambigua; ni de las declaraciones de intenciones, que no siempre se pueden poner por obra. La búsqueda tampoco debiera partir de la naturaleza, conocida o presumida, del grupo opositor, una realidad que no ha tenido la oportunidad histórica de demostrar sus verdaderas potencialidades. No; creemos que la búsqueda debe partir de este enorme cúmulo de muertos, que en su desnudez y en su silencio clama a todos los hombres civilizados para que se pregunten ¿por qué?

Con los datos, siempre incompletos, de que disponemos podríamos asignar un cuarto de todas las muertes ocurridas en lo que va del año a los enfrentamientos, verdaderos enfrentamientos, entre los grupos guerrilleros por un lado y la Fuerza Armada por otro. Se sabe que ésta está teniendo muchas bajas de las que apenas se dan indicaciones vagas y es conocido por otra parte que los grupos guerrilleros van perdiendo miembros en las acciones de hostigamiento de todo tipo que llevan a cabo sin cesar. Unas mil personas serían, a lo sumo, el número de bajas entre las partes beligerantes en esta guerra popular; mil personas caídas en acciones, ejecutadas, más o menos, según las leyes



aceptadas por el Derecho Internacional para las operaciones bélicas. Serían pues víctimas de una guerra civil "tradicional" donde no cabe propiamente hablar de represión política, ni de persecución de las organizaciones populares por parte del gobierno, aunque sí cabría el hablar de grupos formal y legalmente beligerantes según el Derecho Internacional.

Pero ¿qué son las tres cuartas partes restantes de muertos? Si no son víctimas de los enfrentamientos armados, ni son víctimas de la delincuencia común, cosa sumamente improbable, ¿de quién son víctimas? El gobierno tiene una explicación simple: son víctimas de la extrema derecha y de la extrema izquierda, que se están exterminando mutuamente, al margen e independientemente de la guerra que la Fuerza Armada libra contra los grupos guerrilleros. Esta explicación debe ser examinada con gran atención y cuidado porque está siendo propagada sistemáticamente por el gobierno y sus padrinos internacionales como parte esencial de su verdad sobre la situación de El Salvador.

Regresemos al triste montón de muertos para tratar de descubrir en su condición anterior quién les puede haber matado. Hay cientos de niños, mujeres y ancianos que perecieron mientras huían de los operativos militares; hay cientos de jóvenes, estudiantes, obreros, campesinos que tenían en común, además de su juventud, el ser miembros de las organizaciones populares de masas; hay sindicalistas, maestros, médicos, universitarios, considerados de tiempos atrás como izquierdistas o simpatizantes con la izquierda; está la ilustre y destacada muerte del Arzobispo de San Salvador, el líder de la liberación verdadera del pueblo salvadoreño y un piadoso sacerdote franciscano. Hay también personas que colaboraban con el gobierno: campesinos de la Unión Comunal Salvadoreña, alcaldes demócrata-cristianos, cuyas muertes han sido atribuidas, sin dejar lugar a dudas, a algunas instancias del aparato represivo del Estado; y hasta un miembro del mismo gobierno, el Dr. Mario Zamora. Hay, finalmente, un resto relati-

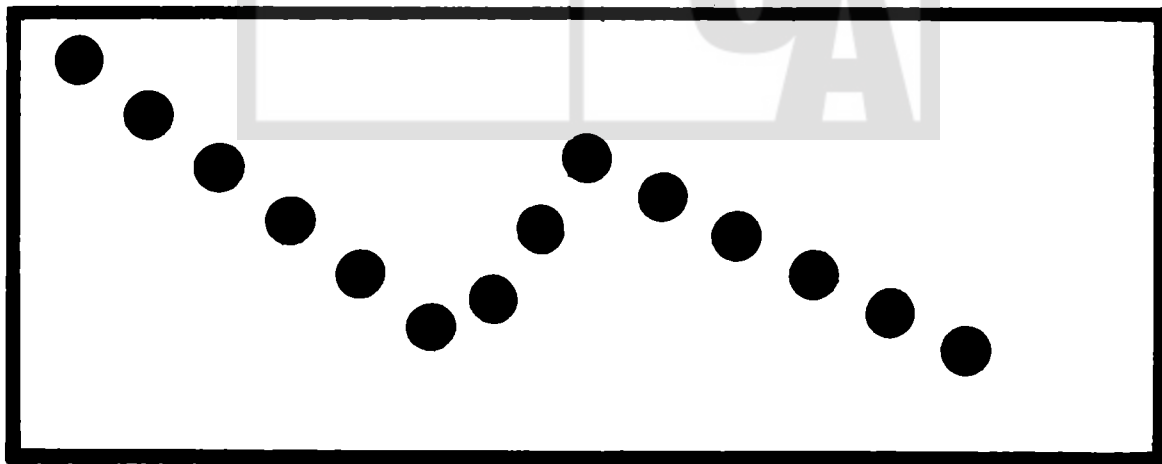
vamente pequeño de espías y delatores al servicio de los cuerpos de seguridad, a los que nuestro pueblo llama despectivamente "orejas", ejecutados por los grupos guerrilleros, como estos mismos suelen reconocer en sus comunicados.

La firme impresión que queda después de este recuento de las víctimas es que la inmensa mayoría de los muertos son miembros de las organizaciones populares, simpatizantes de ellas o personas vagamente calificadas como "de izquierda". Si fuera verdad que los muertos no beligerantes son el resultado del enfrentamiento de las extremas, habría que admitir que la izquierda lleva la peor parte con mucha diferencia y que la extrema derecha tiene una capacidad de exterminio infinitamente superior a la de la izquierda. Pero no se puede admitir fácilmente la existencia y la actividad de una extrema derecha autónoma, independiente de los cuerpos de seguridad y opuesta con las armas en la mano al mando militar, que es quien tiene el control efectivo del aparato del Estado. No podemos aceptar la presunta simetría de las extremas, ni la pretensión de que el gobierno y el aparato represivo del Estado se portan de igual manera con la extrema derecha que con la extrema izquierda. La asimetría es, por el contrario, vergonzosa. ¿Cuándo hemos oído de algún elemento de la extrema derecha que haya sido muerto por los miembros de la Fuerza Armada? Y sin embargo ésta ya ha eliminado a cientos de supuestos izquierdistas. Un destacamento del ejército detuvo hace unas semanas a un grupo de oficiales y civiles de la derecha más extrema que se pueda imaginar; hoy están todos libres, a pesar de las pruebas encontradas contra ellos. Pero, arrestado sin una sola prueba, todavía permanece en la cárcel el ex-ministro de Educación, acusado de pertenecer a las FPL. Por otro lado, es totalmente improbable que se pueda actuar con tanta y tan prolongada impunidad, como actúa la extrema derecha, sin algún grado de complicidad de los cuerpos de seguridad y el alto mando de la Fuerza Armada. Parece más bien comprobado que el brazo armado de la extrema derecha está en el seno de la Fuerza Armada misma, tolerado en algunas ocasiones, alentado en otras, coartado en circunstancias especiales, pero siempre allá dentro en reserva para combatir a la oposición de izquierda y sus simpatizantes. Es como un retoño monstruoso que unas veces se controla y otras veces no, pero que siempre se le tolera y alimenta porque, además de los vínculos de parentesco, puede ser útil en algunos momentos.

El análisis comparativo de las actitudes y acciones del gobierno para con la extrema derecha y la izquierda en general, extrema y no extrema, delata claramente que no ocupa una posición centrista equidistante de ambos, sino una posición que coincide en muchas actuaciones, sobre todo en el combate de la izquierda, con la extrema derecha. El gobierno y la extrema derecha, cualquiera que sea su entidad, están juntos para oponerse al proyecto de gobierno popular que promueve la izquierda y no se puede decir de ninguna manera que el gobierno esté con la izquierda para combatir a la extrema derecha. El gobierno no combate a la extrema derecha porque tendría que combatir su carne y su sangre.

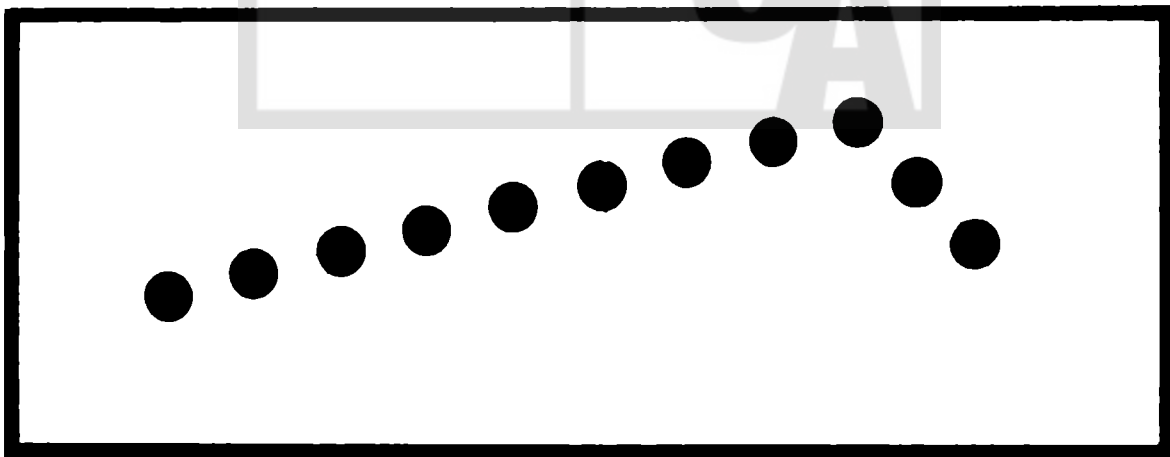
En base a estas consideraciones se puede establecer la hipótesis explicativa —que no nos toca a nosotros comprobar aquí— de que la mayor parte de los muertos son víctimas de un plan claro y preciso, ejecutado sistemáticamente a nivel de todo el territorio nacional, para eliminar físicamente a la oposición política reunida en el Frente Democrático Revolucionario, beligerante y no beligerante, a la vez que se la derrota políticamente con las reformas realizadas. Este plan está patrocinado por sectores intransigentes de los países capitalistas y está siendo llevado a cabo con toda decisión por los centros militares que controlan efectivamente el poder represivo del aparato estatal. La eliminación física de la oposición es para ellos anterior y más importante que su derrota política por medio de las reformas, aunque a sus aliados civiles, demócrata-cristianos e independientes, les hacen creer que las prioridades se dan en orden inverso. Así lo presentan también a la opinión pública internacional —parte de la cual está deseosa de creerlo—; como si las muertes fueran un precio lamentable pero necesario, para encontrar la solución política definitiva a los problemas sociales de El Salvador. La verdad es otra. Las muertes son el resultado directamente buscado por un plan para eliminar a la izquierda y las reformas son el precio lamentable, pero necesario, para evitar que surja en el futuro otra izquierda todavía más peligrosa, una vez eliminada la actual.

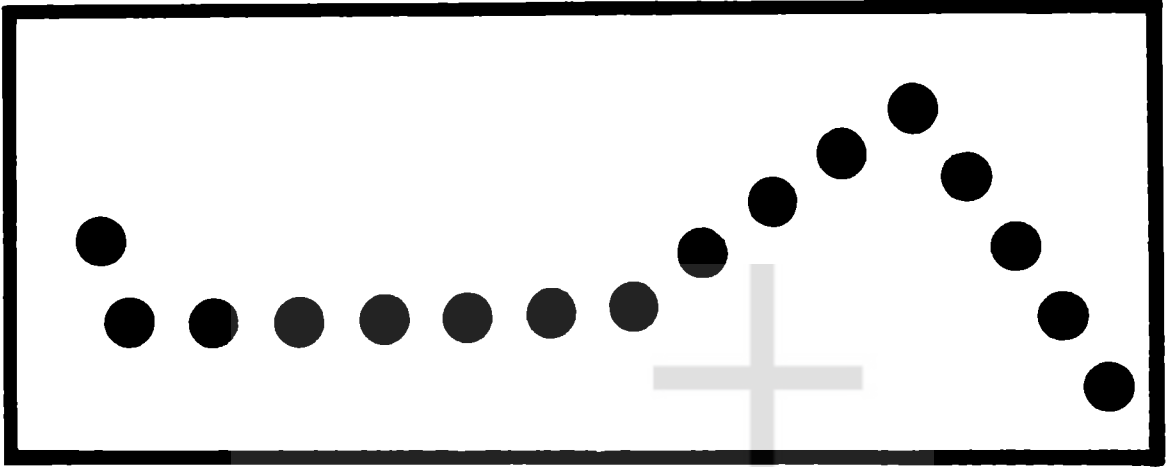
Esta hipótesis llevaría a la conclusión de que los miles de muertos que enlutan el territorio nacional son en gran medida víctimas de la represión política del Estado salvadoreño, manejado por un sector fascista, anti-democrático y sobre todo anti-popular. Son víctimas de un sistema pro-imperialista, totalmente cegado por un anti-comunismo trasnochado y puesto al servicio de los intereses norteamericanos en el área. La represión en El Salvador, que es ahora más extensa, más profunda, más cruel y más antipopular que en ningún otro período de su historia es con sus miles de víctimas el criterio de verdad, el hecho político fundamental que delata sin sombra de duda la verdadera naturaleza del régimen actual y los alcances de sus propósitos.



Pero, a pesar de que el fenómeno de la represión es tan claro y tan elocuente, precisamente por sus horribles dimensiones y sus inusitadas características, no es conocido y apreciado suficientemente por la opinión pública internacional y aun por muchos ciudadanos salvadoreños, porque el régimen que la realiza, la calla, la encubre y aun trata de hacerla pasar como represión ejercitada por la propia izquierda. El estado de sitio, la colaboración de los medios de comunicación nacionales, reaccionarios y poco profesionales, la complicidad de las multinacionales de la información, los amañados comunicados del Comité de Prensa de la Fuerza Armada, que ha suplantado a la Secretaría de Información de la Presidencia de épocas pasadas, el terror mismo que la represión genera, todo contribuye a la desinformación y a la total tergiversación del fenómeno. Es realmente increíble, incluso en comparación con regímenes anteriores, cómo se manipula la información para hacer que las cosas parezcan decir lo contrario de lo que dicen. En El Salvador hoy la mentira es la reina consorte del terror. Y las fuerzas nacionales e internacionales interesadas en prolongar ese reino del terror y la mentira son más poderosas que una oposición asediada en su país y tratada con todo tipo de prejuicios a nivel internacional.

La complicidad de la democracia cristiana en tolerar el impúdico maridaje del terror y la mentira es un fenómeno que sólo se puede explicar por un odio ciego a la izquierda, por un dominio paranoico del instinto de conservación, por una desmedida ambición de poder, o por una mezcla de todos estos factores. La historia juzgará, probablemente postmortem, a la democracia cristiana salvadoreña y latinoamericana por haber dado respetabilidad política a la peor masacre, a la más cruel represión, diríamos incluso, al último genocidio que conoce la historia contemporánea del continente. Mientras tanto su presencia en el gobierno desvía la atención y enturbia la visión de los observadores imparciales que quieren averiguar sinceramente lo que está pasando en El Salvador. Estos no deben dejarse convencer por el residuo de un partido alejado de su pueblo y amigo de sus verdugos. Deben dejarle de





lado, como un accidente del proceso, como una entidad sin ningún poder real sobre el aparato del Estado, y concentrarse en las acciones de quienes tienen el mando de los fusiles y de las tanquetas, de quienes sueltan las jaurías de esbirros en las noches de terror. La democracia cristiana no pinta nada, pero encubre a quienes pintan rojo de sangre las calles de ciudades, pueblos y cantones de El Salvador.

No nos queda más que invitar al mundo a que venga a ver con sus propios ojos, aunque vengan con prejuicios, lo que está pasando en El Salvador. Nos gustaría gritar: no hagan caso al Frente Democrático Revolucionario, ni a la Coordinadora, no crean a la Comisión de Derechos Humanos, ni al Socorro Jurídico del Arzobispado; no crean al COPREFA, ni a los periódicos burgueses; no acepten lo que les diga el demócrata cristiano y lo que difunde por el mundo el Departamento de Estado. No crean a nadie. Vengan y vean. Invitamos a Delegados de las Naciones Unidas y de la Organización de los Estados Americanos; a misiones de las Iglesias, de la Cruz Roja, de Amnistía Internacional, de la Comisión Internacional de Juristas; a observadores de parlamentos y partidos, a toda persona de buena voluntad... que vengan y vean la represión y comprenderán el plan maléfico con el que se está gobernando este pobre y sufrido país.

Estos observadores imparciales podrían preguntar a los campesinos de Guajojoyo, miembros de la Unión Comunal Salvadoreña, que han acusado en declaración pública a efectivos de la Guardia Nacional de la masacre de Mayo. El COPREFA y la prensa diaria atribuyeron a la izquierda este detestable crimen perpetrado en una cooperativa que colabora con el proceso de Reforma Agraria. Podrían entrevistar a los médicos y demás trabajadores de salud, que han revelado públicamente la complicidad de la Fuerza Armada en varios actos vandálicos contra la inviolabilidad de los hospitales y la integridad de sus pacientes; o leer el documento de los alcaldes y regidores demócrata cristianos que, siendo colaboradores del gobierno, son abatidos a tiros por gentes que no son de la izquierda, y se encuentran por ello confundidos y extrañados. Podrían esos visitantes imparciales visitar las riberas del río

Sumpul y hablar con los testigos hondureños que contaron más de 600 cadáveres de ancianos, mujeres y niños masacrados por el ejército en su huida al país vecino. En fin podrían conocer el reciente testimonio del Alcalde dimite de Santa Ana, que culpa a la Junta de un genocidio peor que el de Somoza. ¡Los hechos les convencerán! La represión es el criterio de la verdad, es la clave para comprender lo que está sucediendo en El Salvador. Cualquier persona de buena voluntad que analice a fondo la plaga de la represión no podrá menos de llegar a entender la verdadera naturaleza del régimen que impera en El Salvador y las verdaderas intenciones de los países y los partidos que lo apoyan. Por eso los medios oficiales tratan de ocultarla.

16 de junio de 1980.

